

VISITA DE MONTEVIDEO



Legum servi estote, ut liberi esse possitis.

NUM. 35.) MONTEVIDEO, DICIEMBRE 17 DE 1834.

Aviso de los Editores. Este papel se publica por la Imprenta de los AMIGOS en las tardes de los días Miércoles y Sabado de cada semana: sevende y se admiten suscripciones á él en el mismo establecimiento, Calle de San Luis frente á la batería de S. Pascual; en el Muelle, casa de D. Manuel Gradiñ; en la librería de D. Jaime Hernandez Calle de S. Gabriel N. 63; en la tienda esquina de D. Domingo Gonzales calle de San Pedro. Número suelto—Un real.

LAS MEMORIAS.

DE

CHATEAUBRIAND.

(Continuacion.)

Es fácil seguir en sus viajes á Mr. de Chateaubriand sin haber leido sus memorias. Sus viages están impresos en parte, y lo que constituye su principal mérito es que se asemejan á un poema épico ideado por Taso y escrito por Herne. Habiendo zarpado de San Maló, como dijimos, la nave de Chateaubriand se engolfó en alta mar, y el 6 de Mayo de 1791 fondearon delante de la Isla de Graciosa, una de las azores: de Graciosa pasa á San Pedro, y de allí costea el Maryland, y la Virginia. Una de esas bellas noches apacibles encontró Chateaubriand, no un archipiélago desconocido; pero si lo q' le inspiró aquellas palabras del génio del cristianismo del sol en su ocaso. "El globo del Sol próximo á sumerirse en las ondas aparecía entre los cordajes de la nave, en medio de los espacios sin límites." Algunas horas despues la viga grita: Tierra!... Estaban en el Continente Americano.

"Quedé algún tiempo con los brazos cruzados, paseando la vista al rededor, vagando entre ideas, y sentimientos que no me era fácil entonces desenredar, y que sería harto difícil pintar: este continente ignorado del resto del mundo, en toda la serie de los siglos pasados, y durante gran número de los siglos modernos. Los primeros destinos salvajes de este continente, y sus segundos destinos despues de la llegada de Cristobal Colón. La dominacion de las monarquias europeas conmovida en esta parte del mundo; la agonía de la vieja sociedad en la joven América. Una República de un género des-

conocido hasta entonces que anunciaba una mudanza en el espíritu humano, y en el orden político; la suerte que á mi patria cupo en estos acontecimientos, estos mares y estas riveras que debían en parte su libertad al pabellon y á la sangre francesa; un varon ilustre saliendo al mismo tiempo del seno de las discordias de los desiertos. Washington morador de un pueblo floreciente en el mismo lugar en que un siglo antes Guillermo Penn compró un pedazo de tierra á algunos indios. Los Estados Unidos devolviendo á la Francia al traves del oceano, la revolucion y la libertad que la Francia había sostenido con sus armas; en fin mi propia suerte, los descubrimientos que quería emprender en esas soledades naturales que se extendían todavía mas allá del reducido imperio de una civilización extranjera. He aquí las cosas en que mi espíritu fluctuaba.

Pero disipado este primer momento de confusa incertidumbre, el poeta se ostenta de nuevo; vedle mirar con arroboamiento los cardenales, las gallardas negras, las arregladas habitaciones inglesas, las ardillas pardas, negras y listadas, y en medio de estas aves y de estos cielos he aquí las reflexiones del poeta "que lo único viejo en América son los bosques hijos de la tierra y la libertad madre de toda sociedad humana." Así atravesó todos los Estados Unidos hasta llegar á Filadelfia. Al entrar llegaba una caleza tirada por cuatro briosos caballos gobernados por largas riendas. Era el coche de Washington. He aquí como refiere el joven viajero su entrevista con Washington.

"Una casita de arquitectura inglesa parecida á las casas de la vecindad, era el palacio del Presidente de los Estados Unidos. No había guardias ni lacayos. Llamé á la puerta me abrió una criada, le pregunté si el general estaba en casa, respondió que sí; dije que traía una carta para él. La criada me preguntó mi nombre, difícil de pronunciar en inglés, y que no pudo conservar en la memoria. Entonces me dijo con suavidad *Walk in sir. Entre V. señor, y caminaba* delante de mí en uno de esos estrechos y largos corredores que sirven de vestíbulo á las casas inglesas. Me hizo entrar en un gabinete suplicándome esperar al general. Yo no estaba conmovido, la grandeza de alma, ó de la fortuna no me intimida, admiro la primera sin abatimiento, y el fausto me inspira mas compasión que respeto. La

presencia de un hombre jamas me hará temblar.

Al cabo de algunos minutos entró el general. Era alto de estatura, de un aire calmoso y frio mas bien que noble. Es parecido en sus retratos. Le entregué mi carta en silencio. La abrió y viendo la firma exclamó—El coronel Armand! pues así se llamaba, y así había firmado el marquez de la Rouairre. Nos sentamos. Le espuse lo mejor que pudo el motivo de mi viage. El me respondió por monosilabos franceses ó ingleses. Me oía con una especie de admiración; entonces acercándose á el le dije con alguna viveza. Pero es menos difícil descubrir el paso del norte, que crear un pueblo como lo habéis hecho vos. Well, Well young-man; muy bien, muy bien joven dijo, alargandomse la mano. Me convidió á comer para el dia siguiente y me despedí.

Fui puntual á la cita. No eramos mas que cinco ó seis convidados. Roló, casi toda la conversacion sobre la Revolucion Francesa. El general nos mostró una llave de la bastilla, estas llaves de la Bastilla eran juguetes harto insignificantes que se esparrancaron en los dos mandos. Si Washington hubiese visto como yo revolcados en el lodo de Paris á los vencedores de la Bastilla hubiera tenido menos fé en su reliquia. Pero lo serio y notable de la revolucion no consistía en las orgías sangrientas. Cuando la revocacion del edicto de Nantes de 1685 el mismo populacho del barrio de San Antonio demolió el templo protestante en Charleton con igual celo que devoró la iglesia de San Dionisio en 1794.

Tal fué mi encuentro con el hombre que libertó todo un mundo. Washington ha descendido al sepulcro ántes que mis pasos hicieren algún ruido. Pase delante de él como el ser mas desconocido. El estaba en todo su splendor y yo en toda mi oscuridad. Quizá mi nombre no haya durado un dia en su memoria, feliz empero de que el me haya echado una mirada; ella me ha animado toda mi vida.

Despues vi á Bonaparte. Así la Providencia me ha mostrado los dos hombres que quiso poner á la cabeza de los destinos de su siglo.

Viene en seguida ese admirable paralelo entre Washington y Bonaparte que no tiene igual en la antiguedad, porque para ello han faltado á la antigüedad tres hombres Was-

hington, Bonaparte y Chateaubriand. Washington que ha dejado los Estados Unidos por trofeo en el campo de batalla. Bonaparte que solo mira por su suerte. Este paraíso magnífico ya bajo todos aspectos ha sido aumentado admirablemente en las memorias quizá por la razón de que Bonaparte para espíritus de su elevación, crece de día en día.

Después de haber saludado á Washington prosigue Chateaubriand su camino. La admiración por Washington no detuvo á nuestro joven. Parte al país de los salvajes, en donde un instinto secreto le persuade se encontrará con algo sobre seguro. Tan fucundo es este suceso para una imaginación como la de Chateaubriand que siempre debe darle que pensar. La fantasía poética vino muy pronto á sentarse á su lado, así como en el colegio Horacio y San Agustín se llevaban la palma sobre la aritmética de Bezout. Pongo por testigo esta deliciosa narración que llenará tan lucidamente su lugar en las memorias. Pregunto á cuantos las leyeron si estas son las emociones de un hombre que piensa seriamente en descubrir un paso por el Norte?

“Yo entonces me disponía á ir al país de los salvajes, y me encontraba embarcado en el Paquete que pasaba de Nueva York á Albany por el río de Hudson. La sociedad de los pasajeros era numerosa, y amable, y la formaban varias señoras y algunos oficiales americanos. Un viento suave nos impulsó suavemente al punto de nuestro destino. Hacía la tarde de la primera jornada nos reunimos en la cubierta para hacer una merienda de fruta y leche. Sentáronse las mujeres en los bancos de la proa y los hombres á sus pies. El bullicio de la conversación no duró mucho. Siempre he observado que al aspecto de un cuadro hermoso de la naturaleza caemos involuntariamente en el silencio. Uno de la compañía exclamó: aquí murió el mayor Andrés. Mis ideas se trastornaron de repente: nos empeñamos en que una lindísima americana nos cantase el romance del malhadado joven: condescendió, y pronto oímos una voz tímida, deleitabie y conmovida. El sol se ponía: altas montañas nos circundaban en aquel momento, se divisaban aquí y allá pendientes sobre los abismos; algunas cabañas que alternativamente se nos escondían, y volviamos á verlas envueltas en nubes cambiantes de blanco y rosado que aparecían fugitivas en el horizonte, por encima de esas chozas. Pero al ver las cimas de las rocas, y las cumbres coronadas de pinos lanzarse mas allá de las nubes hubiésemos creido ver isletas flotantes en el mar. El magestuoso río, unas veces corriendo al Norte, y otras al Sud, se desplegaba en línea recta á nuestra vista, encajonado en dos riberas paralelas como una plancha de plomo. Pero derepente tornándose al poniente sus doradas aguas abarcaban con sus raudales algún monte que entrando al río con todos sus árboles semejaba á un lozano y verde ramo atado con una cinta azul y aurora.

Guardábamos el mas profundo silencio; yo apenas osaba respirar, nada interrumpía el triste canto de la joven viagera, fuera del insensible ruido de la nave al deslizarse por las aguas.”

Y cuanto mas se internaba en el nuevo mundo, tanto mas se encendía su fantasía. Harto difícil era para él ostentar esa poesía á la cual debe lo que es; el que hasta entonces solo había recogido, en punto á poesía, los honores literarios del *Mercurio de Francia*, distinción envidiada y de que se jactaba. Dejadle, pues, cuanto quiera en las selvas vírgenes de la América. “Cuando después que hube pasado el Mohawk me vi en medio de bosques jamás derribados, cai en una especie de embriaguez, corría de árbol en árbol, á derecha y á izquierda indiferentemente diciéndome entre mi mismo: aquí ya no hay caminos, ciudades, casas, Presidentes, Repúblicas, Reyes! y para probar si estaba en mis derechos primitivos me entregaba á mil voluntades que hacían rabiar al gran-

date holandes que me servía de guía, y que en su conciencia me tenía por loco.

Mas entretanto preguntareis que se ha hecho el paso? Ah! Sí, tenéis razon, el paso... pero olvidais acaso que hay en los bosques dos hermosas vírgenes que le aman y son amadas? modelos seductores y cándidos de las dos mujeres americanas, Atala y la joven hija de los Natches! Olvidais tambien que tiene que ir á cenar con toda una tribu salvaje, y á dormirse al lado de la lumbre, despues de haber bebido aguardiente y fumado la pipa, nuncio de paz en compañía de los guerreros? ¿Para qué habláis entonces del paso? El no os dice que está embebido, embriagado, libre, solitario, errante tanto su cuerpo como su imaginación poetica con toda holganza, enteramente poetica. El asiste arrebatado, anegados sus ojos en lágrimas, con la sonrisa en los labios, la felicidad en el alma ó la revelacion de su génio. El entonces grita tambien *anchio anchio!* ¡Qué espectáculo! Este jóven en un mundo joven este hombre solo en el desierto, ese huido de Paris, y de que Paris? ese hombre que retoza y corre como una bestia! Adios tristeza! adios melancolia! el vaga, camina, se sienta, duerme, da vueltas, escucha, habla, mira, piensa, se llama á sí mismo, fuma, asa su carne, saborea el asado jugoso, contempla como duermen los niños medidos en las ramas de los árboles. ¿A qué hablarle, pues, del paso? Le falta tiempo; es preciso que vea la catarata de Niagara, de que ha hecho dos ó tres descripciones admirables. Felizmente escapó de ser sumergido en el abismo la primera vez, y de ser arrastrado en la segunda por su caballo; mas no se libró de romperse un brazo; pero uno se cura pronto en América! Entonces se dirige al lago Erie, y en sus orillas y hermosas culebras, adorables serpientes; conoce sus hábitos, las llama por sus nombres; y si mucho le apurais, las hará bailar al sonido de una flauta. Allí pasa cincuenta ríos por puentes suspendidos en los aires por hilos de acero y de oro entrelazados por su imaginación creadora. Algunas veces se para á la orilla de un lago á ver miles de peces juguetando en las ondas cristalinas; otras veces llaman su atención los pájaros, ó bien cerrando los ojos presta el oido á la caída estrepitosa de las aguas al mar; pues tal era el estruendo que no veia el de las puertas del templo que encerraban á Luis XVI.

Este extasis no tiene fin, ni límites este arroamiento. Está como aquel hombre de cierto poema que á la vista del universo recién creado solo sabía decir: O! O! O! Algunas veces escribe largas páginas llenas únicamente de exclamaciones. ¡Y le hablareis todavía de su paso? ¡Pero no percibis que lo detienen un dia entero los mas pequeños incidentes? Una vez que se paseaba por un prado vio una vaca muy flaca que pacía en soñío. Entraron derepente en el prado tres hombres arreando cinco ó seis vacas gordas y echando á palos á la vaca flaca, q' al verla es preciso que nuestro viagero, se desvío de su camino: “una muger salvaje, de hábito tan miserable como la vaca, saliendo de una cabaña solitaria fué á encontrarse con el asustado animal, la llamó con lastima, y le mostró algo de comer. Corrió á ella la vaca alargando el pescuezo, y mugiendo de gozo. Amenazaban de lejos y volvió á entrar á su choza. Siguióla entonces la vaca; se paró en la puerta, donde su amiga la agasajaba, mientras que el agradecido animal lamía la mano caritativa de su bienhechora.

No pensais como yo qué esta vaca vale mucho mas que todos los pasos por el Norte?

¡Y que diríais de su divertidísimo encuentro en medio de las selvas con aquel criado que hacia bailar á messieurs les sauvages y mesdames les sauvages en las tolderías, tocando en su violin la sonata de Madelon Fiquet? Así pues su viaje en los bosques reunía todo el embelezo del desierto y las aventuras de la civilización. Frecuentemente se sentaba sobre ruinas indias frente á una casa inglesa nueva, abrigada por árboles tan viejos como el mundo, codeándose con los salvajes, ó á la orilla de un río en

que saltando el cocodrilo arrojaba por la boca espesos chorros de agua: otras veces comía oyendo cantar al pelícano; gritar la cigüeña escondida en las nubes, truchas frescas, y en esos momentos de calma, de admiración, y de paz era tan feliz como un Rey. “Por cierto que era yo mas afortunado que un Rey. Si la suerte me hubiese colocado en el trono, y que una revolución me hubiese hecho caer, en vez de arrastrar mi miseria en la Europa, como Carlos y Jacobo, habría dicho á los ambiciosos: envidiáis mi lugar, pues bien relevadme en el oficio y vereis que no es tan bueno: degolladlos por disputaros mi viejo manto, yo voy á gozar en las selvas de la América que me habeis restituido.”

Es verdaderamente imposible el no sentirse conmovido viendo la plácida quietud, y el entusiasmo de nuestro jóven. Ha penetrado en esas selvas, tan puro, tan jóven, tan amante de lo bello, de lo noble, y de lo bueno, le acompaña tanta virtud, independencia, valor, se felicita y se afana tanto del instinto poético que despunta en él; nuevo, lozano que rebosa por todas partes, que se manifiesta por las lágrimas, por el silencio, en sus vigilias, en su sueño, bajo del cielo, en la choza del salvaje, en medio de los inmensos ríos, á los pies de las jóvenes americanas, en compañía de los guerreros, alejado de los hombres, cerca de ellos siempre, y por do quiera. Tan grato es el espectáculo de un ser tan cumplidamente dichoso, que se teme que su felicidad se disipe de repente! A medida que adelanta en la vida salvaje, sin embargo que es, oficial que ha andado en las carrozas del Rey, que pertenece á ese Rey que encarcelan allá en su patria, á esa nobleza de Francia que degüellan allá, que ha dejado un hermano, una madre, deudos, amigos, un regimiento que mas podía dejar! Árboles cubridle con vuestra sagrada sombra, vosotras aves sin número haced resonar vuestro himno de gloria á sus oídos! Antiguos ríos que corran vuestras resonantes aguas! Embriabécte tu, Oh vasto mar! Desencadenaos furiosos huracanes! Detenle con tigo ó indio pescador! y vosotras jóvenes hijas de los salvajes, atadle con lazos de flores! Que toda la tierra americana conspire á defenderlo! Plegue al cielo que no oiga en las soledades las nuevas de Francia! aborrecole tal sin sabor! El es tan feliz! Está tan bien hallado! ¡Pero qué medio hay de impedir que el trono de Francia haga ese fantoso estruendo al derrocarse?

Mr. de Chateaubriand no pudo evitar su destino. He aquí como supo las infiustas nuevas. La siguiente narración es uno de los rasgos maestros que nadie debe cansarse de leer, y admirar. “Vagando de selva en selva me había acercado á las habitaciones de unos cultivadores americanos: divisé por la tarde una granja á la orilla de un arroyo, y construida de troncos de árboles; pedí hospitalidad, me fué dada. Llega la noche; la habitación estaba alumbrada por la llama del hogar. Me senté en un rincón; mientras que mi huésped preparaba la cena, me divertía en leer á la luz del fuego un periódico inglés que recogí del suelo: yo vi estas palabras escritas en grandes letras *Flight of the King, fuga del Rey!* Era la relación de la evasión de Luis XVI, y del arresto del desgraciado monarca en Varennes. El periódico refería también los progresos de la emigración, y la reunión de casi todos los militares del Ejército bajo las banderas de los Príncipes Franceses. Me parecía que oía la voz del honor, abandoné mis proyectos.”

Aquí el poeta no dice todo. En ese día ha hecho mas que abandonar sus proyectos; ha abandonado su poesía, se ha despedido de sus queridas selvas; ha renunciado á esa tierra todavía virgen, cuyo punto de vista poético descubrió antes que ninguno; dijo adiós, adios á lo que vió y á lo que no había visto. Adios montañas, valles, cascadas! moradores de las selvas, adios! Lleva el poeta á su Atala, á sus Natches! y vuelve de esa tierra florida y apacible á Paris, á ese Paris, viejo, molido, quebrantado, revolucionario que le asustó en 89; y ese mismo Paris se hallaba en 93.

No creo que un jóven haya dado una prueba más inequívoca de resignación, de valor, y de consagración á sus principios. Hay algunos que se ven obligados á renunciar á su familia, á su estudio, á sus amores. Bien está: pero reunir á su poesía, despedirse de su poema comenzado; volver del nuevo al viejo mundo, de la selva y del desierto á la ciudad y al bullicio; de un mundo que nace á un mundo que muere: de la libertad del salvaje á la libertad de los cannibales; dejar el silencio en reposo, el desierto, los ríos, las flores, y regresar con ideas incompletas, poemas sin concluir, y dominado aun por la amargura de ver desvanecidas sus dulces ilusiones! Regresar para ver cadáveres ensangrentados, hombres que se degollan, tronos que se derriban sin poder defender ni á Dios, ni al Rey, ni á los vivos, ni á los muertos! Regresar para vivir sobre esas mismas ruinas! He aquí sin embargo lo que hizo, sin vacilar, sin sentimiento, sin espanto.

Habiendo llegado á Filadelfia para embarcarse, lo primero que le recordó que éra hombre civilizado fue el no tener dinero para pagar su pasaje. Un honrado capitán se convino en llevarlo á Europa fiado en su palabra. Se embarcó pues. Una tempestad le arrojó en 19 días á la costa de Francia donde estuvo á punto de naufragar entre las Islas de Guernesey y de Origny! Que tempestad tan terrible! Mr. de Chateaubriand termina el libro 4.º de sus memorias con la mención de esa tormenta. "Cuando un buque holandes es asaltado por una tormenta, oficiales y marineros se meten dentro del buque, se cierran las escotillas; solo queda sobre cubierta el perro del buque que ladra contra la tempestad: entre tanto marineros y oficiales se entretienen en beber y fumar aguardando al abrigo, que cesa la borrasca. Cesa y con ella los ladridos del perro. Entonces la tripulación sube arriba de cubierta: y yo, dice soy el perro del buque que la restauración ha dejado encima de cubierta para advertirla de la tempestad mientras que ella estaba al abrigo." Bien sentiríes que no es esta la frase de Mr. de Chateaubriand, que yo la desluzco y la destrozo: cosa perdurable para quien no la ha oido de la boca del poeta, que la sabe de boca agena, y cuyo recuerdo se funda en otro recuerdo.

(Continuará.)

La discusion del presupuesto detallado para las exigencias anuales de la República es uno de los mejores arbitrios con que cuentan los gobiernos representativos, y con el que logran averiguar la justa inversion de los caudales públicos, y cercenar los gastos ordinarios, cuya reducción al paso que arregla la renta general, ofrece economías considerables para bonificar la fortuna, y el bienestar nacional. Si esta práctica presenta resultados favorables á las sociedades de una civilización adelantada, es ineficaz en cierto modo entre nosotros, que aun no tenemos bien cimentada la hacienda pública, ni esplotado suficientemente la riqueza del país. Las economías que alcanzaríamos de una discusion detallada del presupuesto, serían insignificantes relativamente á la diminución de los gastos ordinarios, porque ni los empleados son numerosos, ni excesivas sus compensaciones, ni la fuerza armada absorbe exclusivamente las rentas. Sin embargo creemos muy ventajoso el examen detenido del presupuesto, porque circunscribiendo las erogaciones del P. E. satisface á los contribuyentes de la justa inversión de la parte de los productos de su trabajo, ó de sus ahorros para subvenir á las cargas de la Nación, descubriendose con la comparación de los medios productivos, la probabilidad de evitar la insolvencia del Estado.

En circunstancias ordinarias, nada mas fácil para los administradores de los caudales públicos, que llenar fielmente sus compromisos, porque el presupuesto, proporcionándoles recursos para hacer frente á ciertas y determinadas exigencias, les indica la senda que deben seguir, y nivela las salidas con las entradas. Pero cuando las rentas no alcanzan á saldar los créditos del erario, cuando sus obligaciones van en aumento por causas superiores y exigentes, como la pasada guerra cuando se han dejado pasar años consecutivos sin destinar fondos para obrar la liberación de la deuda pública, ¡ocurrirímos simplemente al arbitrio de la discusion detallada del presupuesto, y á la supresión de algunos empleos? ¡Dejarímos de educar á las clases laboriosas, proveer al aseo, ornato y decoro de la capital, remover las trabas que retardan los progresos de la industria, proteger las personas y las cosas, y premiar por medio de honores y recompensas á los que han merecido el aprecio de la Patria? ¡No deberímos ocuparnos igualmente de dar mas latitud al comercio á la navegación y á la agricultura, como fuentes inagotables de riqueza y prosperidad?

Efectivamente los que presiden

nuestros destinos reconocen como un deber primordial consagrarse á mejorar la suerte de los ciudadanos y á no perdonar sacrificio hasta conseguirlo, penetrados del influjo de las causas á que hemos aludido, sobre la riqueza y engrandecimiento general. Así es que la misión de los Representantes de un pueblo no se limita á estériles discusiones, ó á examinar el presupuesto: su carácter es mas honorífico y elevado; y al ocuparse de las necesidades generales, deben proceder con la cordura, discernimiento y prevision de diligentes padres de familia, y no separarse de su puesto sin haber colmado lo votos, y llenado los justos deseos de sus comitentes.

Preguntarás tal vez i como podrán conciliarse los extremos de la insolvencia del erario, y el pago de una deuda crecida, con el acto de acreditarse á los Agentes del P. E. y con los servicios que reclama imperiosamente la sociedad? La respuesta es bien sencilla: restableciendo la armonía, inherente á todo cuerpo y á todo sistema. Esos gritos sediciosos que se propagan sin el menor inframiento, paralizan la marcha de la nación que debe ser uniforme y constante, extraviándola de su carrera á la felicidad. ¡Que insensata no sería la tripulación de un navío, que lo abandonase á la merced de los vientos para vengar sus agravios reciprocos! Del mismo modo debe sucedernos si, lejos de pensar en robustecer las instituciones, los confiamos á las vicisitudes, y á las tormentas, que han turbado á la República, y diezmado á sus habitantes.

Afortunadamente contamos con una dilatada y saludable experiencia para esponer los bienes invalorables de la revolución, y para dejar nugatorios los grandes sacrificios, prestados á la causa de la independencia; pero no nos parecen fuera de propósito hacer sentir los riesgos que nos rodean, á fin de que conocidos, procuremos armarnos de prudencia en obsequio de la Patria.

Restablecid pues, la armonía en el cuerpo político, y habiendo desaparecido toda clase de resistencias, es claro que sus funciones serán regulares y uniformes. Esta deducción no necesita de comentarios, siendo el antecedente de que arranca igualmente aplicable en lo físico y en lo moral.

(Continuará.)

Un diario francés, *Le temps*, publica un artículo sobre el proyecto del establecimiento de Paquetes militares para la América meridional, que termina así;

"La protección del comercio marítimo debería reducirse á una misión de

policia? Un gobierno ilustrado y amigo del país, ha llenado sus deberes para con él, limitándose á velar en la seguridad de las personas y de las propiedades? De ningún modo, puesto que está obligado á prestarle toda clase de estímulos, y á emplear los medios que el país pone á su disposición para desarrollar este elemento comercial, donde ya existe, y crearlo donde no existe. Entre las providencias, cuyos beneficios serían más inmediatos, figura en primer lugar el establecimiento de paquetes regulares y militares para las Américas. Las corbetas y los bergantines del Estado son aptos para este servicio; y el comercio obtendría las mayores ventajas de una medida que ofrece grandes riesgos bajo el aspecto económico, para que sea emprendida por compañías particulares.

"Los paquetes, ha dicho un economista, son los grandes senderos del comercio marítimo; luego las relaciones internacionales se aumentan siempre en proporción de la frecuencia y regularidad de las comunicaciones. La América del sur, que apenas ha salido de la dominación extrangera; es uno de los países, donde las exigencias del lujo están más pronunciadas, y que cuentan menos recursos para satisfacerlas. Estas condiciones tan favorables al comercio francés son neutralizadas parcialmente por las guerras civiles: pero tal estado de irritación no puede subsistir por mucho tiempo, en un país en que los recursos militares, harto débiles en sí mismos, disminuyen mucho más cada año. En cuya virtud importa que seamos los primeros en satisfacer las necesidades comerciales que la paz no dejaría de crear.

"El establecimiento de paquetes militares al paso que aumentaría nuestras relaciones con los pueblos sud Americanos, sería para ellos un beneficio de que obtendriamos grandes provechos en lo sucesivo, y aun actualmente, puesto que nuestros negociantes no confiarían al acaso sus expediciones, ni se expondrian más á las perdidas que resultan infaliblemente de la dificultad de las comunicaciones. Podriamos apoderarnos inmediatamente de todo el porvenir comercial que promete Chile, el alto y bajo Perú, las provincias del Río de la Plata, Guatemala y Colombia; porque es menester estar presente cuando las necesidades se manifiesten, lo que es imposible desde que nuestras comunicaciones son insuficientes aun para el comercio actual. Hay algunos de estos países como el Paraguay que permanece mantenido desde mucho tiempo en seenistro por el Doctor Francia. ¡Cuantos negociantes y especuladores no espian la ocasión de que muerto Francia puedan invadir el país, y ser

los primeros en alargar la mano á los q' el despotismo ha mantenido aislados como á los Chinos, y que no dejarán tan luego como puedan sacudir las cadenas, de reclamar los productos fabriles del extranjero, de que los ha privado la prohibición ó el monopolio!

"El proyecto de establecer paquetes ha sido últimamente detallado por el Sr. Roux, y se piensa hacer partir cada mes del Havre: 1.º un buque con destino al Río Janeiro, Montevideo y permaneciendo diez días en Buenos Aires; 2.º otro que deberá tocar en Pernambuco y Bahía, y que se detendrá diez días en Río Janeiro. Además de esto se organizará una línea de paquetes en Burdeos que regularizará nuestras relaciones náuticas con Valparaíso, América, Cabo, Lima y Guayaquil."

VARIETADES

Infuso de las mugeres en la moral.

"Ha dicho J. J. Rousseau, que los hombres serán siempre lo que quieran las mugeres; y que si se desease verlos grandes y virtuosos, enseñese á estas lo que es grandeza y virtud."

Las costumbres crueles y feroces de los Judíos fueron templadas por el hechizo de la inocencia de sus mugeres. Las de Sion, tomando el simbol de la Biblia, se mostraron como fuentes de agua viva en las rocas de Ghizer. Sin las Saras, las Luths, y las Raquelles aquellos hombres sanguinarios hubieran sido monstruos.

Cuantos ejemplos tiernos y consoladores no nos ofrecen! Ethaim era una madre, que no quería que se la consolase de la muerte de sus hijos. Entregada á la soledad reusaba todo lenitivo á su dolor."

Las hijas de Israel cantaban en versos patéticos: "Sentadas al borde de las aguas en una tierra extranjera, hemos llorado el dia aciago en que el enemigo teñido en sangre, amontonó los cadáveres sobre las montañas de Jerusalén; en que las hijas de Sion fueron dispersadas, y en que se desterraron gimiendo. Contemplábamos aquellas olas que discurrían libremente á nuestros pies, cuando el extranjero nos mandó cantar! No: jamás tendrá este horrible placer! Que la voz espire y que las manos se sequen antes de hacer oír á nuestros tiranos una sola melodía del harpa de Israel! ¡Harpa santa! Te suspendo de las ramas del sauce. Nunca, nunca, antes de ser libre, serás descolgada! No, la voz de los crueles que me acompañan jamás se mezclará á tu dulce armonía."

Los pueblos fueron virtuosos siem-

pre que respetaron á sus mugeres; degradados, donde fueron esclavas. Las de los Persas lo eran de sus maridos, y estos eran esclavos de todo el mundo: las de Esparta q' eran libres y respetadas, sus esposos é hijos fueron heroes. La muger de Leonidas contestó á un Sa trapa sorprendido de la igualdad que reinaba en aquella Republica: "Aquí no se olvida que nosotros damos la vida á los hombres."

El genio de Esparta formó una Venus sin velo, pero también sin gracia hermosa aunque por la austeridad, la fuerza y el candor.

La Venus de Atenas mucho mas seductora, no tuvo menos poder. Bajo los rasgos de Aspasia que llegó á gobernar la ciudad de Minerva.

Lucrecia, Cornelia y Virginia influyeron en los destinos del Pueblo Romano, reformando, ó al menos señalando la corrupción de las costumbres de su siglo.

NUÉVO TELESCOPIO COLOSAL.

Acaba de concluirse un telescopio colossal en una fábrica de instrumentos ópticos de Munich, según los principios de Franzenhofer: tiene 15 pies y una abertura de 10 y media pulgadas. Excede en tamaño y poder á los mayores telescopios hechos en vida del ilustre Franzenhofer. Ha sido examinado escrupulosamente por los profesores de Astronomía de la Universidad de Munich y declarado una obra perfecta. La claridad y distinción de un astro, visto con él, están en proporción con el telescopio de Franzenhofer de 13 pies y 9 pulgadas de abertura, como 21 á 18, y la intensidad de la luz como 136 á 100. Magnifica un objeto mas de 1,000 veces; de modo que ahora puede decirse que *acerca los objetos*. Saturno en su menor distancia de la tierra se halla á 165 millones de millas geográficas, y magnificado por este telescopio 816 veces, parece haberse acercado á la distancia de 202, millas geográficas: y la luna, observada del mismo modo, parece acercarse á la distancia de 68 millas geográficas, que es muy poco mas de la distancia en linea recta de Atenas á Costantinopla.

El Alcorán dice: "El fuego del infierno estallará como el rugido de un camello en la barriga de los que en la comida usen metales preciosos."

AVISO.

Se vende en el pueblo de Sta. Lucía una casa con ocho piezas de comodidad, tiene una cuadra en cuadro poblada de arboleda de frutos del mejor gusto y algunos almácigos. El que quiera comprarla ocurrirá á la calle de Sn. Benito n.º 55 que hallará con quien tratar,